3955

El Embargo.

3

EL EMBARGO

Juguete cómico en un acto

original de

José Villanueva y García Cuerva

TOLEDO

Imprenta, Librería y Encuadernación de Rafael Gómez-Menor

Comercio, 57 y Silleria, 15

1920

EL EMBARGO

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/elembargojuguete00vill

Al rey del teatro humorístico D. Pedro Muñoz Seca, su admirador

El Autor.

PERSONAJES

Don Epifanio
Timoteo
Sol
Petronila
Don Ernesto
Juez
Escribano
Escribiente
Dos Testigos

ACTO ÚNICO

Anticuado y valioso despacho de un segundo piso de una casa de la calle de Valverde en Madrid, con dos puertas; una en el fondo y otra á la izquierda, y cuyo mobiliario se compone entre otros muebles, de una mesa de escritorio en el centro, un piano á la izquierda de la puerta del fondo, sobre la cual hay un pequeño reloj y un espejo á la derecha de la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

DON EPIFANIO y luego TIMOTEO

Don Epifanio, que frisa en los setenta años, es de carácter jovial presumiendo de tal y de temperamento nervioso y excitado, no obstante puede dominarse según las circunstancias. Viste con elegancia, usando levita. Conserva todo el pelo, aunque blanco como la nieve, y la barba larga del mismo color, apareciendo en escena sentado en una silla á la mesa de escritorio y pegando el sobre de una tarjeta que acaba de escribir.

EPIFANIO.—(Levantándose y en actitud fuerte y decisiva.) ¡Nada nada! No puede ser, no debe ser volver á aquélla para mí maldita población, canten de ella lo que quieran esos ilusos poetas, de sus flores, de su amor, de su alegría y ventura. ¡Ignorantes! Sí. ¡Ignorantes! ¡No habrán experimentado como yo las terribles amarguras de un país en donde viví durante quince años abrumado por el peso de un sin número de desprecios y de persecuciones, obligándome los unos á continuar viudo y las otras á constituirme en secreto dictador de un decreto de destierro contra mi propia persona! (Dominándose y algún tanto reflexivo.) En fin, daremos al olvido esta pesadilla que sería capaz, en breve tiempo, de privarme de algunas docenas de años con que pienso terminar mi vida, acaso acaso en otro estado, en esta villa del Oso. (dando unos cuantos pasos en dirección á la puerta de la izquierda en actitud de entregar la tarjeta.) ¡Timoteo! (Levantando la voz.) ¡Timoteo! ¡Timoteoo! (Indignado.) ¡Timoteooo!

678201

TIMOTEO.—(Mozo gallego como de veinticinco años y criado de la casa conservando todo el aire de su país y apareciendo por la puerta de la izquierda con paso sigiloso, y el dedo índice de la mano derecha puesto sobre la boca recomendando silencio.) Calle, siñor, nu grite.....

EPIFANIO.—¡Está bien! ¡Ya no puedo llamarte á voces cuando preciso de tus servicios y no hay otra forma de hacerme escuchar! ¡Ya no puedo!....

TIMOTEO.—(Dando unos pasos adelante.) Calle, siñor, nu grite.....

EPIFANIO.—Pero, ¿por qué no he de gritar, majadero, por qué no he de gritar para llamarte?.... ¿Por qué?....

TIMOTEO.—(Adelantándose con gran reserva y andando de puntillas hasta ponerse junto á Don Epifanio.) Calle, siñor, nu grite, que nu conviene le oiga una vesita que á no dudarlu viene á casa, purque, á la purtera, á la siñora Casilda, con quien sigilosamente están hablandu sentadus comu en su casa en la mesma purtería, ha preguntadu pur usted.

EPIFANIO.—¿Una visita? ¡Toma toma! Será la de algún buen amigo, como Don Ernesto por ejemplo....., ó la de la señora de la calle de Tudescos en demanda de algún encaje....., ó la de.....

TIMOTEO.—Nu.

EPIFANIO.—(Contrariado, mirando de arriba abajo y con desprecio á Timoteo.) ¡Cayó tu acostumbrada y monosílaba sentencia!

TIMOTEO.—(Sonriente.) Ajajá, señuritu, ajajá. De esu á mi juicio se trata, de una sentencia (Entristeciéndose y temeroso de lo que ha de decir) peru de una sentencia, pur desgracia, contra usted.

EPIFANIO.—(Con gran sorpresa.) ¡Cómo! Explícame..... esa profecía.

TIMOTEO.—Pues oiga, siñor. Yo en estu de sentencias estoy algu versadu desde que tuve relaciones en Mundoñedu cun Agustina, la criada del Escribanu del Juzgado, la que, en nuestrus ratus de ociu, y cuandu en las tardes del domingu paseabamus pur los sitios más tranquilus y sulitarius de aquellus cercanus montes, y acompañadus tan solu, ella de mi y yo de ella, me explicaba para estruirme y para pasar bien el ratu, cuantu aprendió de las sen-

tencias y de lus embargus contra lus que, ú bien causaban algún dañu, ó insultaban á otru, ú no pagaban á quien debían ú no acudían á juiciu cuando eran llamadus..... y les cundenaban en rebeldía. Y comu yo se que estus, que están ahora mesmu en la purtería, vinierun hará unos quince días, ¿recuerda usted, señuritu?, á decirle que fuera á juiciu á la tierra de donde hemus venidu....

EPIFANIO.—(Dejando sobre la mesa la tarjeta y excitado y con vuelos oratorios.) Nunca debí comparecer. D. Epifanio Bravo y Garcés, descendiente de un gran caudillo de los Comuneros españoles y de un ilustre literato y político español, de quienes heredó la hidalguía, la ciencia y el valor para la pelea, no debe discutir acerca de un hecho imaginario y baladí, con los curiales de un Juzgado, máxime cuando nunca faltó á nadie, ni causó daño alguno á nadie, ni insultó á nadie.....

TIMOTEO.—(Con timidez.) Es ciertu. Tan solamente (hablaré cun franqueza, pur algu me apellidan Francu), tan solamente negó, digu nu pagó..... esa..... esa mesma levita que viste, si mal nu recuerdu, al sastre de quien se hizo parruquianu pur cumplacerle, cuandu le reclamaba, comu caseru, lus cincuenta duros del alquiler de nuestra habitación..... y á más.....

EPIFANIO.—(Iracundo.) Calla, deslenguado, y no abuses con esa naturalidad de que falsamente blasonas, de las muchas pruebas de amistad que he sabido dispensarte.

TIMOTEO.—(Completamente azorado.) ¡Siñor! Yo todu estu lo digo aquí en cunfianza y á solas comu si me confesara porque creo que me guardará usted reserva..... (Brevísima pausa.) Peru le diré para terminar que comu usted nu acudió al juicio, le habrán condenadu y ahora le traen la sentencia. (Breve pausa.) Peru nu se acongoje, señuritu, pues me parece que á este Escribanu le va á ocurrir lo que al de Mundoñedu, que reventaba de rabia (Recalcando lo de que reventaba de rabia) cuandu pensandu cobrar mucho á lus demandadus resultaba alguno absorvente.

EPIFANIO.—Insolvente, hombre, insolvente.

TIMOTEO.—Pues para que usted resulte in..... sorvente hace falta (Habla sollozando y limpiándose lágrimas con el pañuelo) como muy bien me decía mi difunta Agustina.....

EPIFANIO.—(Sorprendido.) ¿Tu difunta Agustina?

TIMOTEO.—Sí, señuritu.

EPIFANIO.—¿Murió?

TIMOTEO.—Cruelmente murió. Murió de celus. Pues al saber que yo era la alegría de Sevilla, la animación de las sevillanas y que entre ellas era un verdadero Juan..... Ti..... Tinorio, me escribió diciéndome..... ¡¡ay!!..... ¡que para mí había muertu! ¡Qué penas, señuritu, qué penas! Y yo nada dige en casa por no aumentar las desdichas.

EPIFANIO.—¿Y qué hiciste ante tamaña desgracia?

TIMOTEO.—Me dicté como usted otru decretu de destierru para el paseu, entristecí á Sevilla, me llené de luto el codu y la mandé el pesamen. (Breve pausa.) (Guardándose con resolución y rápidamente el pañuelo y dominándose para no recordar la muerte de Agustina y pasando una ojeada por los muebles.) Es precisu que no encuentren aquí nada que embargar estus sanguijuelas de la suciedad; de modu que mañana mesmo debemus hacer almuneda y vender todu, todu, todu menus el reventún del Escribanu. (Suena el timbre impresionándose Timoteo el que completamente azorado da un salto acercándose maquinalmente á Don Epifanio.)

EPIFANIO.—Tranquilízate, Timoteo. Ve, abre, y, si son los que dices, dí que estoy ausente, cumple en mi nombre tan enojosa visita y hazte cargo de cuanto me traigan.

TIMOTEO.—Está bien. (Vase por la izquierda, con paso inseguro, y asustado.)

EPIFANIO.—(Cruzándose de brazos y paseándose muy nervioso.) ¿Una sentencia? Sí. Una sentencia será á no dudarlo. Pero..... ¿sobre qué? Imposible es el poder concretar. ¡Son tantos los juicios en los que, y desde que, permanezco en esta, me habrán condenado! ¡No parece sino que todos y cada uno de los ingleses, que Inglaterra en pleno (Recalcando lo de Inglaterra en pleno) se ha dado de ojo para de-

clararme tan inoportuna guerra! (Tranquilizándose y algún tanto reflexivo.) Verdad es que todo esto es efecto de una vida desarreglada y llena de dispendios..... (Levantando la voz) pero al fin es improcedente condenar á un hombre como yo que á nadie falta, que á todos trata con las formas más finas y correctas propias de una educación esmerada; y que conociendo el temperamento y susceptibilidad de sus..... impertinentes, procura no molestarles rehusando con ellos la discusión y aun el trato. ¡Ah, No, no, no! No consiento, no consentiré jamás que me ejecuten. Seguiré, sí, la acertada indicación de mi criado Timoteo á quien no pienso desairar en su oportuna y conveniente opinión.

TIMOTEO.—(Por la izquierda trayendo en la mano un rollo de papeles) Tome, siñor, cuanto me han entregado para usted después de leerlu á mi presencia y de firmar dos testigos requeridus por haberme yo negadu á hacerlu, pues á ellu me opuse y me opondré también al embargu.....

EPIFANIO.—Muy bien Timoteo. Y dime ¿Quiénes eran los testigos?

TIMOTEO.—Dos vecinus desagradecidus. El Serenu de la calle y el Limpiabotas de al ladu.

EPIFANIO.—¿Desagradecidos? (Encogiéndose de hombros al mismo tiempo que examina ligeramente los papeles que le han sido entregados.) Nunca gratifiqué por abrirme la puerta, ni por limpiarme el calzado.

TIMOTEO.—Peru, á esus nada les debe.

EPIFANIO.—(Dejando caer, contristado, el rollo de papeles sobre la mesa de escritorio.) La levita, ciertamente, esta levita es causa de esta sentencia! (Cogiendo la tarjeta que dejó sobre la mesa y entregándola á Timoteo.) Espíritu Santo, 13. Don Ernesto Martínez y Fernández.

TIMOTEO.—Bien, siñor. (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

DON EPIFANIO y SOL

SOL.—(Por el fondo. Es joven, de unos veintidós años; criada en Sevilla desde su más tierna edad. Viste con sencillez y elegancia, llevando en la mano una pequeña caja de cartón que contiene una obra terminada de encaje.) Abuelito (Abriendo la caja y sacando el contenido que extiende con gran regocijo) ya puedes ver la obra de encaje que tengo terminada, por encargo de la señora de Vega, de la calle de Tudescos. (Acercándolo y entregándolo á su abuelo.) ¿Te parece bien? Es presioso, ¿verdad? Quinse días, no más invertí en su confecsión. Eso sí, que como has podido observar, apenas si hice otra cosa durante esos días, y en parte también de sus noches. Pero en fin, queda recompensado este desvelo, con la gran satisfacsión que experimento por el cumplimiento de mi deber, al mismo tiempo que por la felicidad que ha de reportar en una casa como esta el ingreso de cuarenta duros, cantidad convenida como presio de mi trabajo. Ya verás, abuelito, ya verás. Con mi trabajo y economía, nada faltará en casa, y nada te faltará á tí. Y si algún día, cosa que está en lo posible, contrajera matrimonio, sería condisional para no desampararte, pues yo le haría ofrecer al futuro esposo la obligación de vivir siempre contigo y atender á todas tus necesidades. (Don Epifanio que ha examinado con gran satisfacción y detenimiento los encajes presentados, ha guardado completo mutismo durante la anterior relación.) ¿Nada me dices abuelito? (Envolviendo los encajes y guardándolos en la caja.) No te parese bien lo de mi matrimonio. ¿No es verdad? (Don Epifanio, no obstante las preguntas de su nieta nada contesta por hallarse emocionadísimo, limitándose tan sólo á limpiarse con el pañuelo unas lágrimas, lo cual Sol notó.) Grasias, abuelito. ¡Nunca me has contestado con tanta alegría! ¡Las lágrimas son alegres y expresivas en muchas ocasiones! ¡Son también á veses

el resultado de una emosión produsida por una alegría inefable! (Acariciándole.) ¡Adiós! ¡Adiós! No tardaré en volver. (Aparte.) ¡Quién te hubiera visto llorar antes! (Vase por la izquierda.)

EPIFANIO.—¡Qué diferencia de caracteres! ¡Qué diferencia de nietas!

ESCENA III

DON EPIFANIO y TIMOTEO

TIMOTEO.—(Por la izquierda.) Iguales, iguales en un todu, completamente iguales.

EPIFANIO.—(Con voz fuerte y dominante.) Como la noche al día. Como el huevo á la castaña. Sol, todo bondad, todo cariño, todo trabajo..... todo economía, Petronila, todo..... todo lo contrario.

TIMOTEO.—Cunforme. Yo nu las he comparadu. Nu cabe cumparación.

EPIFANIO.—¿Pues á quién das esa igualdad?

TIMOTEO.—Al señuritu y á Don Ernestu.

EPIFANIO.—¡Acabemos hombre! Y..... ¿en qué?

TIMOTEO.—Don Ernestu es jovial y joven como usted, teniendu también la barba y pelu blancus comu la nieve, sin tener ni un solu cabellu negru. Es también muy cumplaciente..... para el dichu, peru para el hechu..... para dar..... según he podidu observar..... suele con alguna frecuencia distraerse..... y es también como usted el pañu de lágrimas de cuantus le lloran..... peru nada más que para enjugar lágrimas..... ¡cun unos cunsejos!.... ¡cun unas prumesas!.... ¡Y cuidado las que hoy habrá enjugado en clausura!

EPIPANIO.—Pues qué, ¿está en algún convento?

TIMOTEO.—Cumo si estuviera. Según me han informadu y en cada uno de lus pocus días que lleva en ésta y sin hallarse aún acreditada la especialidad..... que sea, recibe al menus y sin anuncio de vesita y sin permisu para la vesita, un centenar de cunvecinos de todus los gremius,

representantes acasu, de barberus, carpinterus, albañiles, cerrajerus, sastres y otrus, que bien no recuerdu, lus cuales todus justifican ante Don Ernestu su personalidad purque van provistus y levantan al altu, para que bien se vean, las currespundientes insignias de su cargu, formando á la puerta del..... especialista una cola..... larga, larga, más larga que la de los estancus, y á los que Don Ernestu recibe como las monjas: en distinta habitación y doble verja pur mediu.

EPIFANIO.—Pero bien, y déjate de averiguar vidas ajenas, ¿vendrá pronto?

TIMOTEO.—Prontu, muy prontu sí, como supongo, tiene la casa (Sonriendo con timidez) comu la de allá (Aludiendo á la de Sevilla) puerta trasera.

EPIFANIO.—Pues escucha, Timoteo. Tú, y en tanto salgo yo breves momentos, estarás aquí por si viene Don Ernesto. (Se dispone á salir.) ¡Ah! Se me olvidada. Debes procurar ser fino y galante con él, y que no trasluzca de tus palabras sino y tan solo que en esta casa todo es buena inteligencia, armonía y abundancia. Nada de contar apuros ni ninguna de mis muchas aventuras y calaveradas, de las que estás bien enterado, y las que al fin son propias de la edad. (Se dispone segunda vez á salir.) ¡Ah, ah!, se me olvidaba, caramba, se me olvidaba. Es preciso, y en esto quiero pongas especial cuidado, que de la diligencia de embargo que á las once de este día ha de practicarse en esta casa nada sepan las señoritas. Hay que evitarlas á todo trance el disgusto consiguiente y la mala impresión que causaría al futuro nieto un acontecimiento semejante, de cuya noticia se encargará la futura prima. ¡Qué fatalidad! ¡Qué fatalidad! (Vase.)

TIMOTEO.—Bien puede estar tranquilu el señuritu.

ESCENA IV

TIMOTEO y después PETRONILA

TIMOTEO.—¡Qué listu eres Timoteu! Tú sabes más que entre todus lus de esta casa juntos, por lo menus en las cosas de amoríus. Para estu te pintas solu. Tu señuritu no ignora que su nieta Sol tiene relaciones amurosas peru descunoce al noviu. La novia descunoce también qué cargu ejerce el noviu. El noviu no sabe que esta casa en donde él ya estuvo y á donde piensa venir á practicar el embargu, es la casa de la novia. Y ni el noviu, ni la novia, ni la prima de la novia, ni el abuelo de la novia saben que yo sé, que en esta casa está el retratu del noviu. Y yo sé cuantu ellus ignoran. Pues bien, Timoteu. No está todo en ser listu, hay que ser también sagaz; y es precisu que veas tú, qué más conveniente puede ser, para que este muchacho se decida cuantu antes á pedir la manu de la señurita Sol y á concertar la boda (Después de reflexionar breves momentos y haberse colocado el dedo índice en la frente.) ¡Ya! No haremus, pues, almuneda, dejaremus embargar y yo curtaré el embargu pur donde me parezca.

PETRONILA.—(Por la izquierda.) (Joven de veinte años, de carácter altivo y educada en Sevilla, aparece en escena con ridiculez de moda en el vestido y peinado y llevando éste adornado con exagerada profusión de flores.) ¡Já! ¡Já! ¡Já! Te encuentro como siempre, dando que hacer á tu cabeza y discurriendo como un filósofo. ¿No es cierto, Timoteo?

TIMOTEO.—Ciertu. ¿Pero á que no sabe la señurita qué me preocupa? (Petronila está distraída hojeando rápidamente unos papeles que están sobre el piano y no contesta.) ¿A que nu lo acierta señurita? (Sigue distraída.) (Timoteo con voz extentórea y aproximándose á Petronila.) ¡Me preocupa usted señurita!

PETRONILA.—¡Jesú que barbaridad! ¡Qué voz tan atronadora! (Indignándose). ¡Insolente! ¡Embustero!

TIMOTEO.—Perdún, señurita por mi insolencia y atrevimientu, peru yo nunca fuí embusteru.

PETRONILA.—(Muy nerviosa.) Embustero, sí, y muy embustero, puesto que dices lo que no sientes.

TIMOTEO.—(Azorado.) Todu lo que yo digu lo sientu mucho, mucho. Mire, señurita. La iba á decir que me preocupaba usted purque temu nu se case y estu lu siento en el alma.....

PETRONILA.—(Fijándose en Timoteo.) Bueno, bueno. Está bien. Déjate de músicas.

TIMOTEO.—Usted, y perdone, debiera dejarse.

PETRONILA.—(Ignorando lo dicho por Timoteo.) ¿De qué?

TIMOTEO.—De la música. La que en estas grandes poblaciones es un arte muy gastudu y callejeru.

PETRONILA.—(En tono fuerte, ligero, precipitado, nervioso y con vuelos oratorios.) La música es el arte de más belleza, de más valor y de más atractivos. Es el arte que conmueve el alma, es el arte cuyas reglas inventó Terpandro y en la que se inspiró Platón para escribir los diálogos de la enseñanza socrática; de la que hizo uso Pitágoras para perfeccionarse en los estudios filosóficos y para descubrir la famosa proporción relativa al cuadrado de la hipotenusa; en la que se inspiraron los Hebreos para escribir la Biblia; con la que Esculapio curó varios enfermos, valiéndose de cánticos alegres y ligeramente voluptuosos y la que, entre otras diez mil aplicaciones, está indicada como medio terapéutico y se usa con fruto para la curación de ciertas enfermedades mentales.

TIMOTEO.—(Aparte.) Pocu se conoce.

PETRONILA.—Es de un valor inmenso. (En tono burlesco.) De más valor que el arte de mi primita Sol para hacer encajes. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

TIMOTEO.—Nu lo crea. La música tendrá mucho valor peru al fin un solu valor, mientras que lus encajes tienen dos comu los números; el uno el absoluto y el otru el relativu. (Sonriente.) Este, este si que es de importancia, de mucha

importancia y atractivu (Pasando la mano por la parte alta del pecho y de izquierda á derecha) pur el lugar que ocupan.

PETRONILA.—(Mirando al reloj.) ¡Las diez! No puedo perder tiempo. ¡Ahí te quedas, solo, filósofo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! (Vase por el fondo.)

TIMOTEO.—Más vale estar solu.....

ESCENA V

DON EPIFANIO, DON ERNESTO y TIMOTEO

EPIPANIO.—(Por el fondo seguido de Don Ernesto.) Pasa, carísimo Ernesto. Ya es tiempo de verte por casa al cabo de nuestra larga ausencia. (Timoteo saluda con exagerada inclinación, el cual y por indicación de su señor, acerca dos sillas junto á la mesa de escritorio. Se sientan.)

ERNESTO.—(Don Ernesto es también como de setenta años, de carácter jovial como Don Epifanio, teniendo también el pelo y barba blancos, vistiendo con alguna elegancia y usando levita. Su marcha es trabajosa, no obstante se apoya en un fuerte bastón.) Dieciséis años no más. Desde mi salida de esta Corte para la Aldea de las montañas de León.

EPIFANIO.—Ciertamente. Dieciséis años. Y aún te encuentro como si no hubiera pasado día por tí. ¡Bien, muy bien estás, amigo Ernesto!

ERNESTO.—Los años causan poca huella á los hombres en la plenitud de su vida. Son á modo de dardos lanzados contra una roca. Así es que yo, como ves, me conservo fuerte y ágil como en mis veinte años. Apenas si noto variación de mi anterior y robusta complexión. Tan sólo, como habrás podido observar, tengo alguna dificultad en la locomoción por efecto de los callos, de que vengo padeciendo y..... de un reumatismo incipiente en la pierna derecha, habiéndome salido en la izquierda algunas varices, pero..... cosa de poca importancia, de poca importancia. Por lo demás, estoy bien, muy bien, completamente bien. Únicamente me noto inapetente y con poca

fuerza digestiva; pero esto, como muy bien compren derás, es como consecuencia natural de una pequeña ul cerilla del estómago, según opinión de algunos doctores á quienes con frecuencia y acerca de la misma consul to..... y que por cierto me vuelven loco, por no hallars conformes en su diagnóstico y discrepar también sobr mi antigua y crónica enfermedad de los riñones. Pero repito, mi estado general es completamente satisfactorio (Fijándose en Don Epifanio.) Tú también, Epifanín, estás bie conservado. Me admira y complace en alto grado es sello indeleble de alegría que refleja tu semblante. Clar es, el propio, el característico de Sevilla. (Con carácter ale gre y picaresco.) ¡Tunantuelo! ¡Cuánto pudieras contarme d esa hermosa población!

TIMOTEO.—(De pie junto á la puerta del fondo y aparte.) ¡Y tantu!

EPIFANIO.—¡Sevilla! ¡Población de toda mi ilusión, y en la qu hubiera pasado el resto de mi vida al no hacerse allí im posible la tranquilidad y el reposo á causa de la invasión

ERNESTO.—¡Nada leí en la Prensa!

EPIFANIO.—Pues, sí; la invasión inglesa. (Recalcando lo de inglesa.)

ERNESTO.—¡Cáspita! ¿Los ingleses en Sevilla?

EPIFANIO.—Sí. Los ingleses en Sevilla, contra toda ley de neu tralidad y burlando con sus audaces ardides lo dispuest por los Gobiernos de los Datos, de los Ciervas y hast del mismo y propio Romanones. Sí, amigo Ernesto, sí. Lo ingleses en Sevilla, los ingleses aquí y los ingleses en mundo entero, los que por su fuerza numérica, alcanza ron la victoria final en la guerra Europea y la alcanzará en toda otra y en todo tiempo.

ERNESTO.—¡Já! ¡Já! ¡Já!

EPIFANIO.—¿Te causa mi opinión extrañeza?

ERNESTO.—¡Já! ¡Já! !Já! Y tanto. ¿Qué resultado nos ofrece el ex men y estudio detenido de la Geografía política en cuant al número de habitantes de cada nación? ¿Qué nos ens ñan respecto á los mismos ingleses sus Estadísticas g nerales?

EPIFANIO.—Nada práctico y cierto respecto al punto que discutimos. La Geografía y las vigentes Estadísticas nos limitan á Inglaterra con una superficie muy reducida y elevando tan sólo su población á unos treinta millones de habitantes, siendo así que sus verdaderos límites están comprendidos por la masa de aire que rodea la tierra, no habiendo un solo punto en ésta que no se halle bajo la dominación inglesa. ¿Y qué te diré de su forma de pelear? ¿Qué del uso que hacen de los gases asfixiantes? ¿Qué de sus armamentos? ¿Qué de sus innumerables cañones monstruos y sin ejemplar alguno? ¿Qué de sus mortíferos proyectiles? ¡No! ¡No! ¡No! No me lo niegues. Son proyectiles que lanzados matemáticamente al punto de su destino, caen en el domicilio de la familia perseguida, en donde y sin fuerzas contrarias que lo impidan, explotan al tercer día, causando verdaderos horrores, causando la desolación y la ruina. (Señalando al rollo de papeles que está sobre la mesa.) ¡¡Ese es uno!!

ERNESTO.—(Emocionado.) ¡Caracoles!

EPIFANIO.—¡Está próximo á explotar!

ERNESTO.— (Muy nervioso levantando é interponiendo el brazo como en evitación de un golpe, al mismo tiempo que vuelve la vista.) Santa Bárbara bendita!

EPIFANIO.—(A Don Ernesto) No te impacientes ni asustes. Está bajo la acción de la justicia y tendremos tiempo aún, de burlar sus efectos.

TIMOTEO.—De esu yo me encargu. (Cáesele de la mano á Timoteo y produciendo un fuerte y seco golpe un objeto, siendo éste el pesado y fuerte bastón que Don Ernesto dejó al entrar á la izquierda de la puerta del fondo.)

ERNESTO.—(Asustadísimo en extremo.) ¡¡Socorro!!

TIMOTEO.—Nu se asuste el siñor. Nada ocurió. Nada explotó.

EPIFANIO.—No te alarmes. No te asustes, Ernesto. Nada grave ha ocurrido.

ERNESTO.—(A Don Epifanio.) ¿Con que nada grave á ocurrido eh? ¡No creí serías tan inglés para los peligros!

TIMOTEO.—(Algu más peligrosu es para lus ingleses).

ERNESTO.—(Levantándose, haciendo grandes esfuerzos para poder andar y mi rando de un lado para otro.) ¡Yo me marcho! ¡Mi bastón! ¡M batón! (Timoteo le acerca y entrega el bastón.) Ya volveré..... Y volveré..... (Mirando con temor al rollo de papeles) cuando trans curran al menos tres días. ¡Adiós! ¡Adiós! (Estrecha la man á Don Epifanio y vase por el fondo.)

ESCENA VI

DON EPIFANIO y TIMOTEO

EPIFANIO.—¡Pobre Ernesto! La fatalidad, la fatalidad me ha obli gado á mentirle y hacerle pasar un mal rato. Claro es, y que conozco su franqueza, y su exagerada curiosidad, a mismo tiempo que su temor á los explosivos, me ví en l imperiosa necesidad de hacerle ver (Señalando á la mesa) qu esos papeles, en evitación de que los examinara y se ente rara de todo, eran un proyectil. (Mirándose.) ¡Maldita levita (Suena dentro el timbre. A Timoteo después de mirar al reloj.) Son la once. Ya puedes comprender quien llama.

TIMOTEO.—(Disponiéndose á ir á abrir y mirando á Don Epifanio interesand su consentimiento.) Lus curiales.

EPIFANIO.—Sí, abre y que pasen. (Vase Timoteo.) ¡Qué desdicha (Paseándose muy deprisa con la mano en la frente.) ¡Pobres nietos ¡Pobre futuro nieto! ¡Adiós el matrimonio de mi nieta Sol

TIMOTEO.—(Desde la puerta de la izquierda y acompañado de los curiales ¿Se puede, siñor?

EPIFANIO.—Pasen. (Entran Timoteo, el Juez del Distrito, el Escribano, Escribiente y dos Testigos. El Juez, Escribano y Escribiente, visten co elegancia, siendo como de sesenta, veinticinco y dieciocho años re pectivamente; vistiendo los Testigos á modo de mozos de cuerda y l que representan cuarenta años de edad. Dichos tres primeros cambia un saludo con Don Epifanio con una ligera inclinación de cabeza.)

ESCENA VII

DICHOS, JUEZ, ESCRIBANO, ESCRIBIENTES y TESTIGOS

JUEZ.—¿Don Epifanio Bravo....?

EPIFANIO.—(Secamente.) Y Garcés. Servidor. Tomen asiento y manifiesten en qué puedo servirles.

JUEZ.—Gracias, Señor Bravo y Garcés. No interesamos en esta ocasión favor ni servicio alguno de usted. El cumplimiento tan sólo de un deber nos trae hoy á esta casa. La práctica de un embargo, para hacer efectiva la sentencia que días pasados se le notificara por débitos á Don Generoso Díaz, vecino de Sevilla, como importe de una levita hecha á usted y cuya regulación de principal y costas (Consultando una nota) asciende en junto á la suma de..... cuatrocientas veintiséis pesetas. Las que puede satisfacer en este acto en evitación de tan enojosa diligencia.

EPIFANIO.—(Después de pensar breves momentos.) Asuntos de importancia, de urgencia y de transcendencia suma, me obligan á abandonar esta casa. Pueden, no obstante, practicar el embargo, y al efecto queda autorizado, para representarme legalmente, mi criado Timoteo, á quien y á tal fin (Entrega á Timoteo un documento) le proveo del presente poder notarial. (Hace mutis por el fondo.)

TIMOTEO.—Lus embargus pur débitus, siñor Juez, sun digámuslo así, comu cunsecuencia de una deuda contraída y prubada en juiciu. Yo nu digo que mi señuritu no contrajera esa deuda y se le probara ante Tribunal cumpetente. Pero sí diré, á pesar de todu, que este embargu, si bien es legal, nu debiera practicarse, pur oponerse á ellu las leyes murales, las buenas amistades y relaciones de familia y todu principio de amor. Y á más..... Nu. Nu quieru ser más pesadu. Ustedes se cunvencerán solitus. De forma que cuandu quieran y comu quieran pueden dar prencipiu al embargu.

JUEZ.—(Al Escribano.) Practíquese. (El Escribano ordena al Escribiente la apertura de la cartera de que va provisto, de la que saca los documentos y útiles necesarios.)

TIMOTEO.—(Señalando á la mesa.) En esta mesa pueden escribir cuantu precisen; en esta silla (Acercando una á la mesa) puede sentarse el Escribiente, y en las demás puede sentarse el que guste. (Se sientan todos, haciéndolo el Juez y Escribano junto al Escribiente y sentándose los testigos próximos á la puerta del fondo, quienes permanecen inmóviles.)

ESCRIBANO.—(A Timoteo.) El embargo ha de sujetarse al orden siguiente: Primero. Dinero metálico ó billetes del Banco de España.

TIMOTEO.—Nu hay. Desaparecierun.

ESCRIBANO.—Segundo. Alhajas de oro, plata ó pedrería.

TIMOTEO.—Tampocu.

ESCRIBANO—Tercero. Créditos realizables en el acto.

TIMOTEO.—Tampocu.

ESCRIBANO.—Cuarto. Frutos y rentas de toda especie.

TIMOTEO.—Nu vivimus de ellu.

ESCRIBANO.—Quinto. Bienes semovientes.

TIMOTEO.—El canariu, el gatu y el reloj que nunca están paradus.

ESCRIBANO.—Sexto. Bienes muebles.

TIMOTEO.—De esu, de esu hay en esta casa más que en un bazar. Peru le ruegu trabe el embargu en lus que yo vaya presentandu, sin tocar á este despachu. Yo respondu de tres más muebles que sean precisus.

ESCRIBANO.—Bien. Puede usted ir trayendo.

TIMOTEO.—(Sale por la izquierda trayendo á seguida una pequeña y preciosa ánfora.) Un ánfora rumana.

ESCRIBANO.—(Al Escribiente.) Consígnese. (A Timoteo con seriedad.) Más.

TIMOTEO.—(Volviendo á salír y trayendo vuelto para sí un valioso marco de caoba conteniendo un retrato.) Este marcu que vale un capital puede embargarse peru el retratu..... el retratu no. Es el del noviu de mi señurita. (Le vuelve para dar frente á la mesa y al Juzgado.)

ESCRIBANO.—(Dando un salto en seco.) ¡¡Mi retrato!! ¿Quién trajo aquí este retrato?

TIMOTEO.—¡Si el retratu es suyo, seguramente su novia!

ESCRIBANO.—¿Mi novia?

TIMOTEO.—Sí; su novia. Sol Bravo Petronila.

ESCRIBANO.—¿Visita esta casa?

TIMOTEO.—Nu. Nu visita esta casa. Vive en esta casa. Es una nieta del amu de esta casa Dun Epifaniu Bravu y Garcés.

ESCRIBANO.—¿Será posible?

TIMOTEO.—Y tan posible. Nu tardará en llegar. Llegará en breves momentus.

ESCRIBANO.—¡Qué vergüenza! ¡Esto es desesperante!

TIMOTEO.—Purque usted querrá.

ESCRIBANO.—¿Cómo? ¿Hay medio de corregir lo hecho?

TIMOTEO.—Ya lu creo. Yo prontu hacía variar la escena.

ESCRIBANO.—Puede hacer cuanto guste y le parezca. Yo le autorizo á ello.

TIMOTEO.—Pues bien. Llamaré á don Epifamiu, mi señoritu, á quien enteraremus de todu antes que mi señorita venga.

ESCRIBANO.—Me parece buena idea. (Al Juez, sacando unos billetes y entregándoselos.) Cuatrocientas veintiséis pesetas. Se terminó el embargo.

TIMOTEO.—Y después... Purque yo creu que usted querrá casarse...

ESCRIBANO.—De mil amores.

TIMOTEO.—Pues confíe en mí. Yo lu arreglaré todu. (Acercándose á la puerta del fondo.) ¡Señuritu! (Levantando la voz.) ¡Señurituuu!

EPIFANIO.—(Apareciendo por la puerta del fondo.) ¿Que hay Timoteo?

TIMOTEO.—Que hemus..... Que hemus terminadu el embargu. Que hemus dado al traste cun el embargu, que ya nu embargamus y vamos á concertar á seguida..... (Sonriente.) A seguida una boda.

EPIFANIO.—¿Una boda? ¿De quién?

TIMOTEO.—(Por el Escribano) Del señuritu cun la señurita Sol. El noviu de la Sol, es el señuritu. (El Escribano saluda con timidez á Don Epifanio, inclinándose respetuosamente, á cuyo saludo, corresponde Don Epifanio.)

SOL.—(Al pasar por la izquierda sonriente y alegre.) Abuelito esta tarde....
(Al darse cuenta de la visita inesperada que halla en casa, y observand la presencia de su novio, queda parada, inmóvil y asustada como niña de seis años.

TIMOTEO.—(Al Escribano.) Ya llegó. Ahura verá como es cierto cuantu dije (A Sol.) ¡Señurita! Nu la extrañe esta visita, n se acongoje pur ellu. Al señuritu (por el Escribano) ya le conoce; y estus otrus señores son amigus suyos y amigus míos, y de quienes yo me he validu para convencer al señuritu y que venga hoy á casa. ¡Es tan miradu! ¡Es tan timuratu! Y al venir, nu tan salu desea que su abuelitu vea con gusto sus relaciones, sinu que al mismu tiempu, quiere y en cortu plazu, concertar la boda. Todus quedaremus cumplacidus si acceden á su petición y que yo expongo en su nombre. (Sol ya menos impresionada, mira á su abuelo como en espera de su afirmativa contestación.)

EPIFANIO.—Acepto gustoso cuanto el futuro nieto expone por mediación de mi criado Timoteo, y me satisface su enlace matrimonial con mi nieta Sol, si ella gustosa acepta.
(El Escribano y Timoteo fijan su mirada en Sol, por leer en su semblante y la que contesta afirmativamente con una sonrisa llena de alegria.)

TIMOTEO.—(Cogiendo de la mano al Escribano y acercándole á Sol.) Solu nus falta concertar el día.

FIN DE LA OBRA